

# Goce

*Disfrutar jodiéndose.*

## Introducción

Concepto difícil donde los haya, el *goce* psicoanalítico dista enormemente del concepto popular; allí donde en la calle es considerado como una manifestación de placer y satisfacción consciente, la teoría analítica lo reserva como un rudimento del déficit, a menudo como un embajador de la queja y el recorte.

Pese a que Freud ya intuyó su oculto funcionamiento en instancias inconscientes, debemos a Lacan toda la articulación teórica que a posteriori se articuló sobre este incómodo concepto: El *goce fálico*, el *goce del Otro*... goce masculino y goce femenino respectivamente; un fenómeno universal hilvanado al lenguaje y entrelazado con la *cadena significante*, con la perpetuidad de la *demanda* y con la *repetición*.

No obstante navegar por aguas lacanianas nos dirige a extraños puertos, pues toda la teorización del goce se dibuja como un territorio a menudo hermético, de difícilísima comprensión, sospechosamente lejano cuando debiera ser (como lo fue para Freud) económicamente intuitivo.

De hecho y con posterioridad, gran parte de la escuela lacaniana ha construido su corral en torno a la hermenéutica del goce, cacareando oscuros teoremas y encriptando aún más un mensaje de por sí complejo, un concepto del que exigen *usufructo*. Desde aquí denunciamos el abuso teórico, y como alternativa (tampoco somos especialmente originales) proponemos un cambio de rumbo a las antiguas cartas de navegación, un retorno a Freud.

## 1. El nacimiento del goce

Con la inauguración del espacio *simbólico* en el bebé, con el estreno de la función imaginativa (colindante al proceso *alucinatorio* debido a la desubicación fisiológica de sus sentidos, todavía escindidos en un ser que no ha realizado aún el *estadio del espejo*), el niño por vez primera instaura a la madre como agente simbólico, como aquello que mora en su fantasías cuando se ausenta en la realidad.

Sometido a la frustración de dichas ausencias, el bebé recrea la imagen de aquella que sacia sus necesidades, realizando un primer duelo y confinando a su tiránica carcelera entre los barrotes de su imaginación.

Como hemos visto en otros seminarios en lo referente a dicha *pérdida* primordial, a dicha estructural auto-percepción de dependencia hacia el Otro como dador, el niño *fantasea* la presencia del pecho y de su portadora, alucinando la satisfacción de sus necesidades en ese duermevela constante al que se reduce su existencia en los primeros meses de vida.

Hasta aquí todos podemos comprender lo adaptativo de este proceso de recreación alucinatoria pero, tan sólo meses después, con la *conquista* del propio cuerpo y de la *espejularidad*, el niño nos sorprende con la adquisición de una nueva capacidad: la de fantasear las *ausencias* de la madre en momentos de *presencia* real. Ha llegado la hora de la venganza. Autores como Melanie Klein teorizan que el niño se debate entre la *depresión* y la *manía*, entre la fantasmática destrucción de la *madre nutricia* y la posterior *reparación e introyección* de la misma. Desde esta orientación teórica, no sería descabellado argumentar que el infante, todo él necesidad, sólo accederá a amar al objeto como *formación reactiva* (reparadora) de su anterior deseo de destrucción del mismo.

En este momento en el que el niño entremezcla *sadismo* y *reparación*, destrucción y reencuentro, Freud ubica el fenómeno del "*fort-da*" como culminación del duelo hacia la figura materna, como triunfo de lo *simbólico* sobre lo *real*. A partir de este clivaje en la *subjetividad*, el ser humano se encontrará en una extraña tierra de nadie, a merced de pulsiones de destrucción y de los encontrados sentimientos que estas generan al ascender a la conciencia.

Y es que toda *dependencia* conlleva generar *transferencia negativa* en un segundo plano, y en esta paradoja económica se articulan –ambivalentes– los diferentes sentimientos afectivos: desde la amistad hasta la familia, pasando por nuestra pareja. Todas nuestras apuestas libidinales son desplegadas a consta de recortes en nuestro propio *narcisismo*, por lo que no debiera extrañarnos que nuestro Yo inconsciente odie justo aquello que nuestro Yo consciente ama y necesita. Con idéntico mecanismo al que nos vimos obligados a recurrir para ubicar la *falta materna*, a menudo nuestro Yo más oculto juega a asesinar a nuestros seres queridos, dibujando escenarios terribles que emergen a nuestra conciencia sin haber sido invitados.

Esta sería una utilización del goce claramente obsesiva, siendo esta una estructura que prototípicamente reprime el *sadismo*. Como hemos ido advirtiendo en otros seminarios, el obsesivo constantemente inhibe la agresividad inherente a toda relación y, como pago, ésta se acumula en estratos inconscientes y habla desde ellos. *Asesina desde ellos*. Percibiendo mensajes que intuye propios pero vive como ajenos, al obsesivo solo le queda esperar que el mandato superyóico haga acto de presencia, de manera aún más sádica que sus pueriles ideaciones inconscientes. Con independencia de los rituales (más o menos mágicos) que el obsesivo levante como muralla defensiva, el proceso se cierra infinito siempre bajo la misma fórmula:



Pese al ejemplo, la neurosis obsesiva no es (ni mucho menos) la estructura de personalidad más afianzada en el uso y abuso del goce. Como veremos más adelante, desde el territorio de la histeria también se reclama el usufructo de tanpreciado veneno.

## 2. Esopo

Reza la fábula:

### **El Avaro**

*Un avaro, convirtiendo en oro toda su fortuna, fundió con el metal un lingote y lo enterró en cierto lugar, enterrando allí, a la vez, su corazón y su espíritu. Todos los días se dirigía a ver su tesoro.*

*En esto, le observó un hombre, adivinó su suplicio y, desenterrando el lingote, se lo llevó. Cuando poco después volvió el avaro y halló el escondrijo vacío, se puso a llorar y a arrancarse los cabellos.*

*Un vecino que le vio lamentarse de tal manera, después de informarse del motivo le dijo: No te desesperes así, hombre, porque al fin y al cabo aunque tenías oro no lo poseías verdaderamente. Agarra una piedra, escóndela donde estaba el oro y figúrate que es oro; la piedra servirá para ti como si fuera el oro mismo, pues a lo que veo cuando lo tenías enterrado no utilizabas para nada esta riqueza.*

*(Nada es la propiedad sin su disfrute)*

¿Dónde advertir el goce? Popularmente, podría considerarse que el avaro gozaba engañosamente de su posesión pese a no disfrutar de su usufructo, de ahí la consecuente moraleja. No obstante, el psicoanálisis va más allá estableciendo que – paradójicamente– el goce se asentaría a partir del robo y de la pérdida, pues sería entonces cuando el avaro podría “disfrutar” de su lamento y de la queja resultante.

De hecho, en la parcela simbólica (de la misma forma que la *madre nutricia* en la imaginación del niño), el lingote de oro moraría incluso en su ausencia imaginaria, finalmente resguardado de ladrones. El avaro continuaría escavando periódicamente en sus recuerdos para recordar la pérdida del lingote, desconociendo que mediante dicho proceso, y por fin, ha llegado a atesorarlo plenamente.

Padecer de una falta que habita en el simbólico allí donde no se supo (o pudo) disfrutar de ella en el imaginario. De nuevo, las connotaciones referentes a la primera frustración infantil quedan acantonadas en nuestra personalidad y dirigen, desde el fantasma, nuestra relación con terceros. En una mayoría de casos, el *objeto* (protótipicamente: la relación de pareja) queda condenado a ir desfalleciendo, a decepcionar en el consciente para ubicarse en un puesto de honor simbólico: servir de alimento a la queja.

Y es que esta trampa edípica cimenta a la queja como un grito de guerra, estructural en las histerias, destilando un goce residual subyacente al hecho de que, frustradas en el *imaginario*, evidencian no estarlo en lo *simbólico*.

*“El goce es la sustancia vital que se ‘retuerce’ en su insatisfacción, que pugna por realizarse, sin tomar en cuenta al otro y la ley. La carne del infante es ya desde un inicio un objeto para el goce. Ese infante podrá ser ‘gozado’ fuera de las coordenadas del deseo y la ley. No obstante, ese infante tendrá que identificar su lugar en el Otro, en el sistema sociosimbólico. Es decir, podrá constituirse como sujeto en la medida en que internalice los significantes que proceden de ese Otro, que siendo seductor y gozante está al mismo tiempo mediatizado por las propias interdicciones que lo constituyen. La madre, por ejemplo, puede gozar de su bebé considerándolo una posesión a la que puede disfrutar a su antojo. No obstante, esa madre, con su potencial seductor y gozante, contiene también a la ley y su prohibición del goce, por lo que su tentación de usufructuar el cuerpo de su hijo, se verá refrenada. De esta manera, en vez de persistir en el trato de su bebé como objeto de goce, comenzará a autolimitarse, a interpelarlo como sujeto, a reconocerlo como un agente en ciernes, dentro de los intercambios simbólicos.”<sup>1</sup>*

En resumidas cuentas, allí donde el obsesivo intenta –fútilmente- sustraerse al goce y erradicarlo de su sistema simbólico (de hecho intenta que todo aquel que le rodea renuncie igualmente a su usufructo), la histeria se nos dibuja como la quintaesencia de la *negación a ser gozada* y la *reivindicación del propio goce*, pese a su ambiguo discurso de seducción imaginaria.

### 3. La némesis del goce

Del otro lado del goce se encuentra *La ley*, que lo acota y delimita. La libertad de uno acaba donde empieza la de los demás. Y bajo esta máxima se libra una batalla constante entre nuestro narcisismo y el imaginario social que nos ampara.

El goce inicial no consistía más que en la aspiración a un *plus de placer*, mas para exiliar de dicho nirvana al individuo, y arrojarle a lo social, todo un corolario de preexistentes leyes simbólicas (herederas a su vez del *Nombre Del Padre*), estrangulan dicha pretensión confinándola a una cárcel preconsciente.

Reza el mitema que existió un *Uno* que dijo *no* a la castración, un Uno primitivo, *padre de la horda* y fundador del simbólico; todo él falo, todo él goce. En “Tótem y tabú” Freud nos invitó a contemplar en dicho mito (el del asesinato del Padre de la Horda) la génesis de nuestra esencia social, el origen de la primera Ley con la interdicción de *acceso al goce* a todos los futuros descendientes de aquel Uno.

Los matemáticos correspondientes:



Existió un X (Padre) que dijo ‘no’ a la castración.

A raíz de ahí, todos los X (descendientes) están alienados en la castración

<sup>1</sup> <http://gonzaloportocarrero.blogspot.com/2007/06/02/el-goce-como-concepto-eje-del-psicoanalisis/>

Esta ley se encuentra encapsulada en el inconsciente social: *“La idea del goce como un exceso intolerable del placer, se revela en el sentido común en expresiones como ‘morirse de risa’, ‘destornillarse de risa’; o en el caso de la sexualidad, está también la idea que se expresa en francés de la pequeña muerte para referirse al orgasmo. En el sentido común, asoma pues la idea de un placer mortífero, intolerable, cuyo atravesamiento nos situaría en las puertas mismas de la locura o la muerte.”*

Y, de hecho, el posicionamiento respecto al goce define igualmente nuestra estructura intrapsíquica:

*La inclusión en la sociedad implica pues una pérdida de goce. La autoridad y la ley lo limitan. Es un hecho, como ya se vio, que un placer “excesivo” desestructura nuestra subjetividad y nos precipita como formación defensiva en la camisa de fuerza de la neurosis obsesiva.*

*El neurótico obsesivo se distancia de su propio goce. De un goce que amenaza desbancarlo como sujeto convirtiéndolo entonces en mera voracidad sin límites. De ahí la necesidad de una defensa frente al ascenso en el goce. La rigidez es una forma de controlar el exceso traumático del goce. La seriedad mortífera. El amortajarse en la investidura simbólica.*

*En cambio, un goce doloroso nos hace sentir objetos del goce del Otro, objetos manipulables. Entonces, lo que corresponde, es el asco hacia ese goce que nos incita a trocarnos en meros objetos. Estamos hablando de la histeria.*

En resumen, el goce es un vestigio de la relación originaria con la madre, del mismo modo que su antítesis, la *castración*, nos remite a la ley paterna y al ingreso en lo social. El goce es una melancólica e innecesaria vuelta al pasado; es la gasolina del neurótico que, habiendo perdido su *lingote de oro*, rememora su tragedia al tiempo que consume un futuro no utilizado, jamás jugado.

*“La oposición entre goce y castración es fundamental puesto que esta oposición es el eje sobre el que se articula la dirección de la cura. El sujeto debe renunciar al goce a cambio de una promesa de otro goce que es propia de los sujetos de la ley. El goce originario, el goce de la cosa, anterior a la ley, es un goce maldito que deberá ser sustituido por una promesa de goce fálico, de un goce medido por la castración, entendida como toma de conciencia, internalización, de los límites reales y morales del goce.*”

*La ley, nos separa de la madre y del goce que se pone en juego en la fusión con ella. La ley separa, pone al nombre-del-padre en ese lugar de omnipotencia, ordena desear, concertar. El amor es el sentimiento encargado de suplir la inexistencia de la relación sexual y de reportar el goce al que se debió renunciar.”*

El goce es un abono que en el pasado fue sustancia viva pero en el presente se ha descompuesto y adquirido nuevas características. Las cartas que no jugamos activamente en *el ahora* formarán la baza del *gocce futuro*; los “debería...”, los “tendría...” no son más que antiguos lingotes que, solo después de haber sido robados, adquieren plena funcionalidad para edificar patológicos castillos de queja y arrepentimiento.

Como decía Gabriela Mistral, *la experiencia es un billete de lotería comprado después del sorteo*. Esto, no obstante, no justifica el no seguir jugando.



Este documento tiene su origen en la página web del autor: <http://psicoblog-gfs.blogspot.com>.

Para más información o contacto: [gfsantamaria@gmail.com](mailto:gfsantamaria@gmail.com)